

**PEQUEÑA  
CRÓNICA DE  
SANTA CRUZ**

Por Juan Antonio  
Padrón Albornoz

**UN PERIODISTA, HONRADO  
POR EL AYUNTAMIENTO  
DE LA CAPITAL**

**UNA CALLE DE NUESTRA CIUDAD LLEVARA  
EL NOMBRE DE LUIS ALVAREZ CRUZ**



Olvido ahora mi condición de concejal y, sólo como periodista, como amigo y discípulo que fui de Luis Alvarez Cruz, quiero agradecer a la Corporación Municipal de Santa Cruz de Tenerife —y sobre todo al amigo Orozco Maffiotte— esa propuesta, unánimemente aceptada, de dar a una calle de nuestra ciudad el nombre del que, siempre compañero entrañable, ahora nace a la muerte y, por paradoja, vuelve a la vida.

Aquí cerca de donde con todos nosotros trabajó y convivió —donde aún nos parece escuchar su voz— una placa con su nombre para siempre y, también para siempre, no muy le-

jos de donde otra perpetúa el del fundador de «La Prensa» y su maestro: Leoncio Rodríguez.

A ambos, naturales de La Laguna, rendimos el tributo que merecieron y, con plena justicia, Santa Cruz —este nuestro viejo y muy querido Santa Cruz— salda una deuda de gratitud con quienes, como ellos, pusieron sus plumas al servicio de la Isla toda.

Hay un dolor espiritual análogo al dolor físico. Hay un dolor espiritual cuando a uno se le desgarran los tejidos del alma porque, así como el cuerpo tiene sus tejidos de células y fibras, así el alma tiene sus tejidos de impresiones y, sobre todo, de recuerdos.

Muchas veces se ha dicho que el dolor que nos causa la muerte de una persona querida, de una persona con la que hemos convivido, se acrecienta gradualmente hasta que, poco a poco, va cediendo y cediendo.

El primer efecto es, todos lo sabemos, de estupor y, muchas veces —si nuestra persona querida sufrió mucho para morir— hasta de alivio al ver que, al cabo, tuvo descanso para sus dolores.

Pero el dolor más grande viene luego al encontrar vacío el lugar que ocupaba habitualmente. Y esto me ocurre ahora cuando, en la Redacción vacía, vacía está la silla y vacía la mesa que, frontera a la mía, era puesto de trabajo del amigo ya ido, del amigo siempre recordado.

Efectivamente, el dolor mayor es cuando sentimos su falta, cuando sentimos el hueco que ha dejado en nuestra existencia, cuando sentimos la rotura de nuestros sentimientos. Y es que, todos lo sabemos, la imagen de aquella persona querida estaba íntimamente entramada en el tejido espiritual de nuestra vida y no pudo arrancárnosla la muerte sin destrozar el tejido ése.

Por ello, por este gesto de la Corporación Municipal, —por este recordar para siempre a nuestro Alvarez Cruz cerca del también muy nuestro Leoncio Rodríguez y junto a nuestra Casa— quiero plasmar en estas líneas el agradecimiento, no sólo mío, sino de todos los que aún llevamos abierta, muy abierta, la herida de su muerte.

Todos han recordado —recordarán siempre— la figura desaparecida, la del hombre de sonrisa profunda y de la mano abierta y cordial, la del hombre que, dicen muchos, hablaba siempre con la ironía en sus palabras y con la misma ironía impregnaba sus escritos. Pero es que la ironía nace precisamente de un cerebro agudo, sutil y clarividente, de un cerebro regado por un corazón blando y, como bien decía Unamuno —en Fuerteventura, en el despacho del señor Castañeyra vi hermanos un artículo de Alvarez Cruz con una carta autógrafa del rector de Salamanca—, la ironía refleja el triunfo del buen sentido sobre la pasión.

Y, con toda claridad, aquí está plasmada la cualidad periodística del hombre que todos hoy añoramos, la del hombre cuya ironía era sonrisa que, en el fondo, implicaba aquel «Tout comprendre c'est tout pardonner».

De su manera de escribir, de su diario «Tic-Tac» —el que contaba con la entusiasta y creciente adhesión de una gran masa lectora—, ha de considerarse que, para mayor mérito, éste género, intermedio entre el suelto y el artículo, es uno de los más difíciles de la literatura periodística. Su iniciador, Sarcey, dio el modelo perdurable con sus «Grains de bon sens» y otros muchos le imitaron, si bien pocos —muy pocos— alcanzaron el difícil intento.

El género de Alvarez Cruz —equiparable al cohete por lo raudo y luminoso— requería múltiples aptitudes que, sin duda, él poseía en sumo grado: curiosidad insaciable por la verdadera actualidad periodística; extensa cultura; seguro golpe de vista para apoderarse, rápidamente, de los hilos principales del tema; rapidez expresiva y un poco de irónico donaire en el comentario; reunir, en una palabra, la doble condición de periodista y escritor.

Quando se habla de improvisación periodística se quiere ex

distica del hombre que todos hoy añoramos, la del hombre cuya ironía era sonrisa que, en el fondo, implicaba aquel «Tout comprendre c'est tout pardonner».

De su manera de escribir, de su diario «Tic-Tac» —el que contaba con la entusiasta y creciente adhesión de una gran masa lectora—, ha de considerarse que, para mayor mérito, éste género, intermedio entre el suelto y el artículo, es uno de los más difíciles de la literatura periodística. Su iniciador, Sarcey, dio el modelo perdurable con sus «Grains de bon sens» y otros muchos le imitaron, si bien pocos —muy pocos— alcanzaron el difícil intento.

El género de Alvarez Cruz —equiparable al cohete por lo raudo y luminoso— requería múltiples aptitudes que, sin duda, él poseía en sumo grado: curiosidad insaciable por la verdadera actualidad periodística; extensa cultura; seguro golpe de vista para apoderarse, rápidamente, de los hilos principales del tema; rapidez expresiva y un poco de irónico donaire en el comentario; reunir, en una palabra, la doble condición de periodista y escritor.

Cuando se habla de improvisación periodística se quiere expresar que el escritor de diarios —el redactor— no elige el tema, sino que se lo impone la actualidad, el remolino de la racha, el torbellino vital del mundo. «Los periodistas —dijo alguien— son unos hombres que no tendrían nada que hacer si los demás estuvieran quietos». Pero un gran periodista —y Alvarez Cruz lo era— no improvisaba como un bardo, puesto que la cultura y técnica que poseía le colocaban en condiciones de tratar los asuntos en sus líneas esenciales. En la Prensa moderna —nos decía él, discípulo de Leoncio Rodríguez— ya no es posible la vaguedad, el jineteo en el espacio, ni suplir con retórica hueca la ausencia de conocimientos.

Su maestro, buen maestro, le había inculcado unas ideas que, con ejemplar constancia, nos transmitía a los que, nuevos cultores de la actualidad, seguíamos con interés aquellos sus breves y rápidos comentarios que, por su estilo vivaz, llegaban directamente al espíritu de la multitud. Pero, al mismo tiempo, nos hacía tener presente —muy presente— un también muy desierto sentido de la responsabilidad.

Recordaba aquellas palabras de Adolfo Dávila —«La Prensa debe ser alternativamente, rayo y pararrayos; rayo para encender y avivar las justas exaltaciones de los pueblos; pararrayos para contener y aplacar la exaltación popular basada en un error».

Esa era su ética periodística, aquella que, con todas sus virtudes intelectuales y morales, florecía a diario en estas mismas páginas que le añoran.

De ahí su éxito y la delectación con que sus millares de lectores recibían su «Tic-Tac» diario. Allí encontraban esparcimiento del espíritu y elevados y nobles motivos de reflexión.

Poseía nuestro amigo —ese al que ayer honró Santa Cruz con calle cercana a la que lleva el nombre de su maestro y tam-

(Pasa a la página 22)

## UN PERIODISTA, HONRADO POR EL AYUNTAMIENTO DE LA CAPITAL

(Viene de la página 5)

bién cercana a la Casa— el secreto difícil de impugnar con bondad sonriente que, sin duda alguna, es la forma más delicada del humorismo. Sus flechas, todas, partían con una flor en la punta y, en fin, si hasta los que no estaban de acuerdo con su modo de ser y pensar le han honrado— puesto que por su caballerosidad a ello se hacía acreedor— ¿cómo no hemos de quererlo nosotros, sus compañeros, que ahora nos sentimos también honrados por este gesto de la Corporación Municipal de Santa Cruz?

Gracias amigo Loño por tus palabras de ayer; gracias amigos de la Corporación y, también, gracias pueblo de Santa Cruz que, con tus aplausos —fervorosos y sentidos aplausos— pusiste rúbrica, magistral como todas las tuyas, a lo expresado por nuestro alcalde con respecto a la memoria del hombre —Luis Alvarez Cruz— que para siempre se nos fue y, también para siempre dejará plasmado su nombre en la historia de toda la Isla.